

unos con los otros por medio de numerosos puentes, y dispuestos á prestarse socorro, si mientras que llegaba el resto de los coligados, su terrible adversario los atacaba de improviso. La calma y el criterio de lord Wellington tomaron desde entonces en los consejos prusianos un ascendiente que debía por nuestro mal ejercer una inmensa influencia en los sucesos posteriores.

Estas fueron, pues, las negociaciones y combinaciones militares que llevaron á cabo las potencias aliadas desde el 20 de marzo hasta el 10 de abril. Napoleón no se había hecho ninguna ilusión; pero al ver sus correos de gabinete detenidos en Maguncia, en Kehl, en Turín, y á Mr. de Flahaut, que llegó hasta Stuttgart, obligado á volver pies atrás, comprendió que las pasiones eran todavía más violentas de lo que se había figurado.

Por lo demás, el regreso de su emisario secreto, monsieur de Montrond, añadió al conocimiento general que tenía del estado de las cosas el conocimiento exacto de particularidades que hubieran causado honda pena en su corazón si hubiera estado menos acostumbrado á los golpes de la desgracia. Supo, por las diversas comunicaciones de que fué portador Mr. de Montrond, que su mujer, dominada por su deseo de reposo, por el vulgar interés del ducado de Parma, acaso por sentimientos menos disculpables, se había entregado y había entregado su hijo á la autoridad del congreso, y que no regresaría á París. Comprendió que la resolución de combatirle era irrevocable y furiosa, y al mismo tiempo que querían condenarle á una verdadera incomunicación política, interceptando todas sus relaciones, todas hasta las que el derecho público en interés de la humanidad prescribe conservar aun en tiempo de guerra. En el fondo, nunca había dudado de que sucediera lo que le daban á entender las comunicaciones llegadas á sus manos; pero la realidad sobrepujaba á sus previsiones, lo que, sin embargo, no le sorprendía ni le irritaba, porque sabía muy bien que con su conducta se había atraído el desbordamiento de estos odios. No hay en el mundo un juez más infalible, sobre todo respecto de sí mismo, que un gran talento que ha sucumbido, que comprende sus faltas y que desea repararlas. Napoleón estaba, pues, resuelto á pesar de su fogosa naturaleza, á no dejarse llevar por ningún arrebató, á soportarlo todo y á revelarlo todo al público. Hasta entonces se había contentado, al pasar sus revistas, con repetir que no se mezclaría nunca más en los asuntos de las otras naciones, pero que no sufriría que interviniesen en los de la Francia; y como no había recibido ninguna declaración de guerra, no podía avanzar un solo paso más. Si se hubiera anticipado á las manifestaciones de los gabinetes extranjeros, no hubiera dejado de impulsarse á su carácter pendenciero esta prontitud en adherirse á las intenciones hostiles de la Europa. Pero, después de hechos patentes, oficiales, como los que acababan de ocurrir, no había motivo para titubear; era preciso hablar claramente para que la Francia supiese á qué estado de dependencia querían reducirla, por qué trataban de no consentirla ni tan siquiera el derecho de nombrarse un gobierno; para que las naciones de la Europa comprendiesen también que iban de nuevo á derramar su sangre, no para conseguir su independencia ni su ambición, toda vez que Napoleón aprobaba hasta

los arreglos de Viena, sino para satisfacer las pasiones de sus dueños; por último, para que la nación inglesa supiese hasta qué punto la engañaban. Era urgente además promulgar los decretos relativos á los antiguos militares, á los milicianos nacionales movilizados, y á las diversas medidas de armamento, porque si los trabajos preliminares habían podido hacerse hasta entonces en las oficinas, la publicidad oficial del *Monitor* era en lo sucesivo necesaria para obtener la obediencia de los que iban á ser llamados á defender el país. Sólo el orgullo de Napoleón podía sufrir al publicar estos decretos; pero su pasada gloria le hacía soportables las humillaciones, y, por otra parte, este orgullo que había perdido tanto no podía interesar al mundo más que humillándose por un motivo digno y grande, el de ilustrar á la Europa haciéndola comprender la justicia de su causa.

Comenzó por disponer la publicidad oficial de la declaración del 13 de marzo, de la que sólo se había hablado de una manera vaga y como de un documento dudoso. A ella siguió una consulta del consejo de Estado, que por estar disueltas las dos cámaras era entonces la más alta autoridad moral. Este cuerpo, después de responder de la autenticidad de la declaración del 13 de marzo, sostenía que el citado documento, emanado realmente de los soberanos reunidos en congreso, ultrajaba á la vez el derecho, la verdad de los sucesos, el buen sentido, y no era más que pura y simplemente una provocación al asesinato. Sostenía que Napoleón en la isla de Elba era, según el tratado del 11 de abril, un verdadero soberano; que la extensión del territorio no debía ser considerada en modo alguno; que los derechos inherentes á la soberanía le habían sido asegurados; que en vista de esto, al desembarcar en el golfo Juan y al cometer un acto de agresión contra un monarca impuestó á la Francia, no se había hecho acreedor más que á las consecuencias peculiares del ejercicio del derecho de la guerra, es decir, á la disminución ó privación de sus Estados, y á la cautividad de su persona si hubiera sido vencido, pero nunca á la muerte, sólo permitida en el campo de batalla contra combatientes que no quieren rendirse; que al colocarle fuera de la protección de las leyes y al provocar su persecución, la orden del rey del 6 de marzo y la declaración del congreso de Viena del 13 del mismo mes, habían tomado el carácter de una excitación al asesinato, prohibida entre naciones civilizadas; que en el documento del 13 de marzo había sido tan ultrajada la verdad como el derecho; que el tratado del 11 de abril había sido violado en todas sus partes; que se habían tomado ó secuestrado las propiedades privadas de la familia Bonaparte, negado el pago á Napoleón ó á los suyos del subsidio estipulado, negado igualmente á ciertas categorías de militares la suma de dos millones que Napoleón había sido autorizado para distribuirla entre ellos; que el ducado de Parma, prometido á María Luisa, había sido objeto de cuestión, privando de él á su hijo, que era su verdadero poseedor; que la dotación ofrecida al príncipe Eugenio había sido negada; por último, que se había impedido á María Luisa y á su hijo (lo que fué cierto durante algún tiempo) que acudiesen á la isla de Elba al lado de su esposo y de su padre, razones todas por las cuales la violación del tratado del 11 de abril había sido consumada

por el gobierno real, no por el monarca evadido de la isla de Elba, resultando de aquí que él no había sido el agresor; que desde otro punto de vista, el de los deseos de la Francia, había tenido Napoleón mucha más razón, mucho más fundamento todavía para obrar como había obrado, porque había sabido que la nación francesa, humillada en su gloria, amenazada en sus derechos, expuesta á un trastorno próximo por los incesantes ataques dirigidos á los compradores de bienes nacionales, deseaba que la libertasen de los peligros sinnúmero que la aguardaban; que Napoleón, autorizado por la

gran moderación de lenguaje, pero al mismo tiempo con una entereza tal que no dejaba entrever ningún temor. Los documentos rechazados fueron publicados textualmente en el *Monitor* para hacer á la Francia y á la Europa jueces de la conducta observada por las dos partes, la que deseaba hablar y la que ni siquiera quería oír. La deducción que de todo esto se sacaba era la de que no debían hacerse ilusiones ni alarmarse, sino ver las hostilidades que sin ser absolutamente ciertas eran sumamente probables.

Napoleón mandó además publicar las discusiones del



Sello del emperador Napoleón usado durante los cien días (1815)

violación del tratado del 11 de abril á no observar sus condiciones, había recibido la más completa aprobación de su conducta con la acogida que la Francia le había dispensado, y que así, pues, no podía culpársele, mientras que se podía culpar á sus enemigos, sobre todo al excitar el asesinato de su persona, excitación á la que había respondido poniendo en libertad al duque de Angulema y consintiendo la permanencia en Francia de las duquesas de Orleans y de Borbón.

Esta declaración, por motivada que estuviese, no tenía más que la vulgar importancia de una recriminación; pero Napoleón la publicó acompañada de un documento más grave, un informe de Mr. de Caulaincourt acerca de las infructuosas tentativas que había hecho para restablecer relaciones diplomáticas con las potencias extranjeras. En este informe, insertado el día 13 de abril en el *Monitor*, no se hablaba, como comprenderán nuestros lectores, de la misión secreta confiada á Mr. de Montrond, sino de los correos de gabinete enviados para anunciar las intenciones pacíficas del emperador, y detenidos en Kehl, en Maguncia y en Turín; se refería el arresto de Mr. de Flahaut en Stuttgart, la negativa de las autoridades de Douvres á recibir el mensaje al príncipe regente y el envío de este mensaje al congreso de Viena. Estos sucesos estaban referidos con una

parlamento de Inglaterra, los resúmenes más significativos de los periódicos extranjeros, y particularmente los artículos del *Mercurio del Rhin*. Con esto avisaba al público y le ponía en el caso de no dudar de las intenciones de las potencias extranjeras. A partir de este instante, nada se oponía á la promulgación de los decretos relativos al armamento de la Francia, y el ejército que había querido la restauración del imperio, los habitantes de los campos que habían deseado garantizar la inviolabilidad de las compras de bienes nacionales, todos los hombres que habían anhelado vengar á la revolución de los actos de la emigración, todos, repetimos, debían unirse para sostener al jefe que habían restablecido sobre el trono. Además podía contarse con un verdadero interés de su parte, y con esfuerzos que, bien dirigidos, tenían alguna probabilidad de éxito, por supuesto contando sobre todo con que la fortuna no fuese demasiado adversa.

En consecuencia de esto, Napoleón mandó publicar, con los diversos documentos que acabamos de mencionar, los decretos relativos al llamamiento de los veteranos y á la organización de la milicia nacional movilizada. Estos decretos, basados en leyes anteriores, cuya ejecución regularizaban y ordenaban, tenían un perfecto carácter legal, y no eran como habían sido una decisión



del poder absoluto que Napoleón se había conferido á sí mismo en la época anterior de su reinado. Los veteranos eran llamados para acudir á defender la causa de la Francia tan querida de su corazón, con la promesa de ser devueltos á sus hogares inmediatamente después de obtenida la paz, pudiendo desde luego escoger para incorporarse á ellos los regimientos en que anteriormente habían servido ó los que estuvieran más próximos á los diferentes puntos en donde residían. Los milicianos nacionales tenían obligación de prestar servicio desde los 20 á los 60 años. Desde los 20 á los 40 años podían, según su edad, su fuerza física, sus gustos, su situación, ser llamados á formar parte de las compañías de preferencia y prestar servicio en las plazas ó bien en las columnas del ejército activo. Un comité de distrito, compuesto de un subprefecto, de un miembro del consejo del distrito y de un oficial de gendarmería, estaba encargado de designar los hombres que, con el título de granaderos ó de cazadores, formarían las compañías de preferencia. Los que se hallaban en buena posición debían costearse los uniformes; los de los demás serían costeados. El Estado se encargaba de armar á todos. Los oficiales, desde el grado de comandante, serían nombrados por el emperador; los inferiores, por los comités departamentales á propuesta de los comités de los distritos. Los ministros de la Policía y del Interior añadieron á estos decretos el envío de circulares á los prefectos, en las que procuraban excitar el celo de los ciudadanos, diciendo, respecto del interés que deberían tener en defender la dinastía imperial, cosas que en su boca eran más oportunas que en la del emperador.

Este último, por su parte, no necesitaba que su actividad fuese estimulada; se ocupaba día y noche en dirigir ó avivar el celo de la administración con la privilegiada atención tan universal como infatigable que poseía y que le permitía abarcar á la vez el conjunto y los detalles. No pudo insertar más pronto de lo que lo hizo en el *Monitor* los decretos relativos á los antiguos militares y á los milicianos nacionales, porque al publicar medidas tan significativas como éstas antes de patentizar los actos de los gabinetes extranjeros, hubiera aparecido como provocador en vez de presentarse como legítimo defensor de los intereses de la Francia; pero, de todos modos, no había perdido tiempo, puesto que si hubiera publicado antes los citados decretos, no habría encontrado ni en París ni en las provincias agentes prontos para llevarlos á cabo. Para realizar particularmente el decreto relativo á la milicia nacional, necesitó crear toda una administración, y para el concerniente á los veteranos, como se dirigía á hombres prácticos en el servicio, no era sensible la pérdida de algunos días, toda vez que al ingresar en los cuerpos podían sin preparación alguna formar parte de los batallones de guerra. Los soldados con licencia semestral empezaban á volver á los regimientos, y Napoleón ordenó que ingresasen en los cuerpos del ejército los terceros batallones, aunque sólo constasen de cuatrocientos hombres, debiendo ser completados más tarde.

En cuanto á los milicianos nacionales que debían ser movilizados, prescribió que se procediese sin perder un momento á la formación de los batallones de preferencia, á darles una simple blusa con una valona de color, fusiles descompuestos todavía, y á encaminarlos á las

plazas más próximas, á fin de que pudiesen inmediatamente hallarse disponibles las tropas de línea. Respecto de la caballería, apercibiéndose Napoleón de que la adquisición de los caballos se hacía con bastante lentitud, de que el licenciamiento de la servidumbre militar del rey no había proporcionado más que trescientos caballos y no tres mil como esperaba, resolvió utilizar siete ú ocho mil de la gendarmería, pagándoselos al contado para que pudiese reemplazarlos con espacio. Estos caballos estaban bien adiestrados, nutridos, y no les faltaba más que un poco de costumbre para soportar la fatiga. Renovó la orden encargando á los oficiales de la remonta que recorriesen la Francia con dinero en mano para comprar caballos; repitió que desde Cannes á Grenoble habría podido adquirir los que hubiese querido, que dirigiéndose á las haciendas de los labradores recogerían un crecido número de caballos, y, por último, que el medio de conseguir lo que se deseaba era siempre el de tocar todos los resortes posibles procurando que en su conjunto ó en particular fueran buenos. Entretanto no descuidaba el depósito de Versalles, dirigiéndolo por sí solo á fin de hacerle útil. Los talleres de armas y de vestuario fueron montados de un modo conveniente para obtener por día mil fusiles nuevos, dos mil reparados, y mil uniformes completos. Estos resultados no se consiguieron más que con el dinero contante y una continua vigilancia.

No contento con dar publicidad á los actos que las potencias extranjeras habían realizado en contra de la Francia, quiso hacer una manifestación personal á presencia de la milicia nacional, que, según le habían dicho al llegar á París, se hallaba poco inclinada en su favor. Esta milicia estaba formada por los comerciantes de primero y segundo orden de la capital, por la clase media, que hubiera deseado corregir á los Borbones más bien que destronarlos para substituirlos con Napoleón, de quien sólo esperaba la guerra y una escasa libertad. Con todo, si Napoleón había vuelto á Francia sin su concurso y casi contra su voluntad, había regresado favorecido por una especie de prodigio y sin derramar una gota de sangre; se presentaba corregido respecto de los puntos más esenciales, alejaba la emigración, levantaba del polvo los principios de 1789, hacía resplandecer la gloria de la Francia tan grata para el pueblo de la capital, y últimamente se hallaba amenazado por la Europa que quería destruirle, ¡valiéndose de medios irritantes y atentatorios á la independencia nacional! Estos motivos eran muy suficientes para atraer en su favor á la clase media parisiense y, digámoslo, á todos los buenos ciudadanos que la formaban. Es verdad que hubiera sido necesario no dejarle volver, hasta impedirle á toda costa si hubiera sido posible; pero una vez en posesión del poder, dando ostensibles muestras de sus deseos de adoptar una política sana tanto en el interior como en el exterior, proscrito por la Europa de un modo que implicaba la negación de todos nuestros derechos, sostenerle era á un tiempo un acto de buen juicio y de verdadero patriotismo.

Por lo demás, en los cuerpos numerosos hay siempre miembros de todas opiniones en mayor ó menor cantidad, según el espíritu que los domina, y basta privar de la palabra á unos y concederla á los otros para modificar sus sentimientos aparentes, y en ocasiones hasta sus

sentimientos verdaderos. Además de hallarse apaciguada la milicia nacional por el solo hecho del restablecimiento pacífico de Napoleón y por sus profesiones de fe, se cambiaron muchos de sus oficiales, y se excitó el celo de los hombres que detestaban á la emigración y al extranjero. Se hallaba, pues, dispuesta á dispensar al emperador una acogida infinitamente más favorable que la que le hubiera dispensado en los primeros días.

Se la formó el domingo 16 de abril en la plaza del Carrousel: fueron colocados á un lado los cuarenta y ocho batallones de que se componía, y al otro las lucidas y numerosas tropas que se hallaban de paso en la capital con destino á las fronteras. Napoleón se reservó el mando personal de la milicia nacional parisiense, y al general Durosnel, su ayudante de campo, no confió más que el mando secundario de la misma.

Recorrió á caballo las filas con la seguridad imponente que debía á la firmeza de su carácter y á veinte años de práctica en la dirección de los mayores ejércitos del universo. Las vivas aclamaciones de una minoría ardiente, que si la mayoría no imitaba, tampoco desaprobaba, dieron á esta revista la apariencia del entusiasmo. Después de haber recorrido las filas de los cuarenta y ocho batallones, Napoleón mandó formar en círculo á su alrededor á los oficiales y les dirigió con una voz clara y vibrante la alocución siguiente:

«Soldados de la milicia nacional de París: estoy muy satisfecho de veros. Hace quince meses que os formé para que mantuvierais la tranquilidad en la capital y aseguraraís su independencia. Habéis realizado mis deseos, habéis vertido vuestra sangre defendiendo á París, y si las tropas enemigas han traspasado sus murallas, no ha sido por culpa vuestra, sino por la traición y la fatalidad que en estas desgraciadas circunstancias han influido en nuestros asuntos.

»El trono real no convenía á la Francia: no garantizaba los más preciosos intereses del pueblo. Nos lo había impuesto el extranjero, y si hubiera subsistido hubiera sido un momento de vergüenza y de desgracia. Yo he llegado armado con toda la fuerza del pueblo y del ejército para borrar esta mancha y devolver todo su brillo al honor y á la gloria de la Francia.

»Soldados de la milicia nacional: esta mañana me ha comunicado el telégrafo de Lyon que la bandera tricolor flota en Antibes y en Marsella. Cien cañonazos disparados en todas nuestras fronteras demostrarán á los extranjeros que nuestras disensiones políticas han terminado; y digo á los extranjeros, porque todavía no conocemos enemigos. Si reúnen sus tropas, nosotros reuniremos las nuestras. Nuestros ejércitos se hallan todos formados por valientes que se han señalado en cien batallas y que presentarán al extranjero una barrera de hierro, mientras que numerosos batallones de granaderos y de cazadores de la milicia nacional defenderán nuestras fronteras. Yo no me mezclaré de ningún modo en los asuntos de las demás naciones, ¡pero desgraciados de los gobiernos que se mezclen en los nuestros!...

»Soldados de la milicia nacional: os habéis visto obligados á enarbolar colores rechazados por la Francia, pero los colores nacionales se conservaban en vuestro corazón. Jurad aceptarlos como signo de unión y defender el trono imperial, única y natural garantía de vuestros derechos. Jurad no sufrir nunca que los extranjeros,

en cuyos países hemos aparecido como dueños muchas veces, se ocupen de nuestro gobierno. ¡Jurad, por último, sacrificarlo todo al honor y á la independencia de la Francia!...

Este discurso, perfectamente adaptado á su auditorio y que hacía comprender la gravedad de la situación fué calurosamente aplaudido por los oficiales á quienes iba dirigido. Todos gritaron blandiendo sus espadas: «¡Lo juramos, lo juramos!» Napoleón vió en seguida desfilar los veinte mil hombres que componían la milicia nacional, tantos sobre poco más ó menos como los de tropa de línea que se hallaban formados, y pudo felicitarse del éxito que en aquel día había logrado. Manifestó á la Francia lo que quería que supiese, é hizo las paces con la milicia nacional parisiense, es decir, con la parte honrada y prudente de la población, que en todo tiempo ha tenido una influencia decisiva en la suerte de los gobiernos.

Al día siguiente, 17, abandonó las Tullerías para ir á habitar el Eliseo, cuya residencia le agradaba en primavera, porque le facilitaba el medio de interrumpir su inmenso trabajo para dar algunos paseos bajo frescas y sombrías alamedas. Por otra parte, había cambiado sensiblemente su manera de ser; siempre se había mostrado sencillo, natural, hasta familiar, pero nunca había sido tan accesible como entonces. En efecto, convenía á su posición facilitar los medios de que el público se acercase á su persona, á fin de persuadir á los que deseaba tener en favor suyo de su nueva manera de pensar. En el Eliseo, donde la reina Hortensia hacía los honores, podía con menos aparato que en las Tullerías llamar á su mesa los diversos personajes con los que quería hablar y ejercer no sólo el ascendiente, sino la poderosa seducción de su talento.

Su hermano José había vuelto de Suiza con mucha oportunidad, puesto que el mismo día de su partida debía ser arrestado por una orden de la coalición. Napoleón le aposentó en el palacio real con el título de príncipe francés, una pensión decorosa y la recomendación expresa de tener mucha economía y mucha modestia. Estas precauciones no eran inútiles, porque su aparición había causado alguna desconfianza. Se temía todo lo que tenía relación con el antiguo imperio y sobre todo el vasto sistema de monarquías de familia que había contribuido tan poderosamente á sublevar á Europa contra la Francia. Napoleón envió una fragata á buscar á su madre, la que desde la isla de Elba se había dirigido á Nápoles; á su hermana, que estaba detenida en Liorna, y á aquellos de sus hermanos que habían podido substraerse de las manos de la coalición. Le consolaba tenerlos á su lado, pero deseaba que su actitud no ofuscara en lo más mínimo el nuevo espíritu que se manifestaba en Francia, y se proponía imponerles la sencillez que se imponía á sí mismo, tanto por gusto como por cálculo. Por otra parte, de hora en hora se entristecía sin dejar conocer su tristeza, y sus partidarios se entristecían igualmente sin darse cuenta del sentimiento que experimentaban y sin saberle disimular tan bien como él.

El regreso triunfal de Napoleón á Francia había ejercido en las imaginaciones una especie de prestigio: no solamente sus amigos personales, sino todos los que no habían satisfecho sus pasiones, sus intereses y sus pre-



ocupaciones con el restablecimiento del imperio, experimentaron un instante de entusiasmo irresistible. Pero fué de muy poca duración y no tardaron en presentarse las dificultades, dificultades enormes en el interior y en el exterior: en el interior, división profunda de los partidos, diversidad completa en sus miras, limitando por ejemplo los bonapartistas sus pretensiones al sostenimiento del imperio, mientras que los revolucionarios querían servirse un instante de Napoleón para librarse de él apenas fuese rechazado el extranjero; en el exterior, pasión desenfadada de destruir al hombre terrible que había vuelto á apoderarse de las fuerzas de la Francia, y á la Francia misma cuya energía sin cesar renaciente detestaban. Por más que en otro tiempo los partidarios de Napoleón tuviesen una inmensa confianza en su fortuna y en su genio; por más que los últimos acontecimientos hubiesen en parte renovado esta confianza, estaban asaltados de una secreta inquietud al ver á todas las potencias de Europa avanzar contra nosotros con un ardor increíble, y se preguntaban si la Francia contaría con los medios de resistir á tantos enemigos, si en menos de un año podrían reparar completamente sus fuerzas para oponerse á todos, y si Napoleón con sus combinaciones lograría anonadarlos, porque para desarmar su implacable odio era preciso que los anonadase. Él mismo, aunque dotado de una firmeza indomable, no poseía ya la serenidad y la audacia que había demostrado anteriormente, inspirada por una serie de triunfos prodigiosos. Estaba taciturno, triste, y procuraba disimular á los ojos de todos, lográndolo gracias á la maravillosa animación de su talento; pero decaía cuando quedaba solo ó entre las personas de su intimidad, la reina Hortensia, el príncipe Cambaceres, Mr. de Caulaincourt, Mr. de Basano, Mr. de Lavallette, y Carnot, que al tratarle más de cerca se había adherido á él cordialmente. En medio de estos personajes que alguna vez le aconsejaban, pero que nunca se atrevían á censurarle, hablaba Napoleón de todo con una sinceridad completa y verdaderamente noble cuando se trataba de sus faltas. Decía que las negociaciones intentadas en el exterior no eran ni tan siquiera negociaciones, que antes de que pasaran dos meses tendrían encima á la Europa entera, y que para resistirla contarían con tropas repuestas por un año de reposo, pero tan inferiores en número que sólo á fuerza de prodigios conseguirían triunfar.

Conocía que los soberanos elevados por su ruina á una jerarquía que jamás habían ocupado en Europa, no consentirían fácilmente en descender de ella; que vencidos en una campaña empezarían otra, y que sería preciso por consiguiente resignarse á sostener una lucha á muerte, lucha que el ejército, que ciertas fronteras empeñarían con vigor y perseverancia, pero que la nación, siempre prevenida contra las guerras del primer imperio, sostendría contra su voluntad, porque, como anteriormente, se creía sacrificada al capricho de un solo hombre. Napoleón no se hacía ilusiones y no había considerado las aclamaciones de los soldados encantados al volver á ver á su antiguo general, de los poseedores de bienes nacionales contentos de recuperar la seguridad perdida, de los revolucionarios libres de los ultrajes de la emigración, como el asentimiento formal y unánime de la nación. No creía tener de su parte ni

el esfuerzo entusiasta de 1793 ni el esfuerzo honrado y generoso de 1813; no contaba más que con los soldados y consigo mismo, y si abrigaba algunas esperanzas era pensando en las probabilidades que nacieran de la guerra, probabilidades que un hombre de genio como él podía aprovechar llegando con ellas hasta á cambiar en un día el aspecto de las cosas. Lo que más sentía y lo que mayor amargura le causaba, sin atreverse á calificarlo de injusticia, era la incredulidad que encontraba en todas partes cuando hablaba de paz y de libertad. «Sí, decía, he tenido vastos designios, pero acaso ¿puedo tenerlos ahora? ¿Puede alguien suponer que pienso hoy en el Vístula, en el Elba, ni siquiera en el Rin? ¡Ah! Seguramente es un inmenso dolor el de tener que renunciar á las fronteras geográficas, noble conquista de la revolución, y si para evitarlo fuera bastante sacrificar la vida de mis soldados y la mía propia no tardaría en consumir el sacrificio; pero ya no hay para qué abrigar esta ambición patriótica toda vez que he aceptado el tratado de París; ahora se trata de salvar nuestra independencia, de no recibir la contrarrevolución de las manos del extranjero. Sí, yo no pido á la muerte más que una ó dos victorias para restablecer el prestigio de nuestros ejércitos, para reconquistar el derecho de ser dueños de nuestros dominios, y cuando se halle resplandeciente nuestra gloria, reconquistada nuestra independencia, estoy dispuesto á concluir la paz más modesta del mundo. Pero ¡ay! ¡la Europa no quiere creer esta disposición de mi ánimo, y la Francia no la cree mucho más!» Como comprenderán nuestros lectores, Napoleón no se expresaba de este modo más que en conversaciones íntimas, y en estas conversaciones se ocupaba también de un asunto no menos grave, no menos urgente, es decir, de la nueva Constitución que debía otorgar á la Francia. Había prometido en Grenoble, en Lyon y en todos los puntos por donde había pasado, modificar profundamente las instituciones imperiales. La Francia le había cogido la palabra, y no le era posible faltar á su promesa. Lo que entonces y desde entonces se ha llamado la monarquía constitucional, es decir, un monarca representado por ministros responsables ante cámaras que otorgan ó niegan su confianza á estos ministros y los obligan á vivir con una gran publicidad cotidiana, era en aquella época el deseo casi unánime de la nación, que no quería ya que un solo hombre pudiese conducir á Moscou la fortuna de la Francia. Aceptase ó no con gusto esta monarquía constitucional, Napoleón, cuyo ánimo superior no sabía negar nada á la necesidad, se hallaba resuelto á hacer un ensayo de ella.

Aparte del mérito de la institución en sí misma, tenía para obrar de este modo una razón de posición completamente decisiva. Con efecto, para disculparse de haber expulsado á los Borbones y de haber expuesto á la Francia á una guerra espantosa, era preciso que no se pareciese en nada á ellos. Su carácter y su origen le libraban de aparecer como un contemporizador del extranjero ó de un cómplice del clero y de la nobleza, porque era á un tiempo la gloria y la igualdad civil personificadas; pero había una cosa que no representaba, que los Borbones representaban más que él, y esta cosa era la libertad: más bien que liberal lo hubieran creído pacífico. Se veía, pues, obligado á reemplazar á los Borbones, á

costa de tan grandes peligros para la Francia, á otorgar esta libertad, y á otorgarla, no titubeando como Luis XVIII y procurando cercenar la mitad después de concederla, sino franca y completamente; pero, lo repetimos, había tomado su partido respecto de este particular, si no con gusto, al menos con precaución.

En cuanto al mérito de la institución en sí misma, sin profesarla afecto, porque una voluntad como la suya no podía desear trabas, parecía respecto de ciertos puntos de vista enteramente convencido y especialmente desde el más importante de todos, el de la libre discusión de los actos del poder por la prensa diaria.

No hay duda en que si hay algo que irrite á las almas honradas, este algo es escuchar cotidianamente lo verdadero y lo falso, y lo falso con más frecuencia que lo verdadero; escuchar á la ignorancia ó á la inmoralidad, pretendiendo corregir á los hombres más sabios, á los más probos, y desfigurarlos todo cinica, impunemente y sin medida. Pero en el sistema opuesto, es decir, en el silencio forzado de una nación ilustrada, existen inconvenientes mucho mayores que los de la más excesiva libertad. Con efecto, un poder rodeado por el silencio lo puede todo, se atreve á hacerlo todo, de suerte que, pensándolo bien, se encuentra uno colocado en esta alternativa: ó dejar decir, ó dejar cometer indignidades. Ahora bien, la elección no sería dudosa y en la práctica no se tarda en reconocer que vale más dejarlas decir, para que los que gobiernen no puedan cometerlas. Además la falta de contradicción engendra poco á poco tal desconfianza, que un gobierno puede menos defenderse contra los falsos rumores, contra la calumnia repetida por todas las bocas, que contra una prensa periódica que le ataca á cara descubierta. Es verdad que esta sorda desconfianza del público que en el régimen del silencio acoge tan fácilmente la calumnia, y llega á ser de este modo el castigo del poder absoluto, obra con menos actividad que la calumnia audaz de la prensa libre; pero este mal lento y sordo que mina es igualmente funesto, cuando se apodera de las masas, que el mal patente de la licencia. Este último se puede contrarrestar con la respuesta contradictoria: nadie puede alcanzar al primero, porque se oculta en las sombras, en el silencio. Esto sin contar con que llegue un día, día bien ó mal escogido, porque es el de la desgracia, en el que todas las barreras caen á la vez, en el que la pasión mucho tiempo contenida estalla, recuerda la enorme deuda de veinte años de injurias, y os hunde en el abismo cuando ya no hay una voz que os defienda ni un oído que os escuche!

Napoleón tenía esta experiencia, y obedeciendo á su destino, siempre extremado, la había adquirido á fuerza de pruebas tan completas como terribles. Disponiendo durante su reinado de todos los órganos de la opinión, vió apoderarse del público tal incredulidad que no le era posible desmentir una noticia falsa ni atestiguar un suceso verídico, que se daba más fe á los boletines mentirosos del enemigo que á los verdaderos que publicaba el gobierno. Así, pues, como ya lo hemos dicho, Napoleón renunció en 1813 y 1814 á dar á luz sus boletines, limitándose á insertar en el *Monitor* cartas que aparecían como escritas por oficiales del ejército á varios personajes del Estado. Por último, llegó el día de la desgracia, y quedando sólo ó casi solo en Fontaine-

bleau, oyó Napoleón en torno suyo un grito de maldición que le acompañó á la isla de Elba y que no le dejó reposar un instante, llevándole con censuras justísimas calumnias irritantes y odiosas, no sólo acerca de sus grandiosos actos públicos, sino de su vida íntima y privada. Su orgullo, superior como su genio, salió á puerto seguro, por decirlo así, en medio de este mar de infamias, y después de tantos horrores, vió sin dejar de conocer sus faltas sobrevivir su gloria y pudo conducir hasta sus pies al ejército y á las masas populares.

Saliendo ileso de esta ruda tormenta, volvió completamente ilustrado, declaró en alta voz que era una falsa prudencia la de querer encadenar la prensa, y efectivamente, como hemos tenido ocasión de ver, el 25 de marzo abolió la censura.

Pero cuando se consiente á que se emitan libremente toda clase de opiniones respecto de las cuestiones públicas, hay por necesidad que hacer la misma concesión á una asamblea, y Napoleón creía que se podía gobernar con cámaras, aunque atacasen, atormentasen y obligasen á los ministros á abandonar sus puestos. Con efecto, la experiencia enseña que si la libertad de la prensa es frecuentemente la calumnia sin réplica, la libertad de la tribuna es, por el contrario, la calumnia con la réplica instantánea delante de los mismos que han escuchado la acusación, con la solemne reparación del voto inmediato. Así, pues, no hay un hombre de rectas intenciones que no prefiera el examen y la discusión de sus actos ante una asamblea obligada á escuchar la defensa y el ataque y á emitir acto continuo su opinión sobre una y otro, á la defensa por escrito ante lectores que han acogido la acusación con malicia, que se dispensan por ligereza la lectura de la réplica, y que apenas se toman el trabajo de ser justos porque no tienen la obligación de serlo.

Así, pues, una vez admitida la libre discusión por escrito de los actos del poder, no podía menos de concederse á la palabra, y las asambleas libres eran una consecuencia inmediata de esta concesión. Por otra parte, Napoleón había estudiado mucho á la Inglaterra, aunque la combatía hasta no poder más, porque buscaba la revelación de sus designios en las discusiones de su parlamento, y no tenía de la constitución inglesa el miedo que las medianías y los ánimos tímidos abrigaban. No podía ver en ella más que obstáculos contra su voluntad, y respecto de este particular se hallaba al menos por entonces resignado á encontrarlos numerosos y poderosos; estaba pronto á soportar que se atacase á sus ministros, que se desechasen sus leyes, que se formasen sin su voluntad resoluciones inalterables. «En otro tiempo, decía, estas resistencias hubieran contrariado mis proyectos, pero hoy no abrigo más que uno, el de ganar una batalla, el de reconquistar nuestra independencia, y vengar la desgracia de haber visto doscientos mil extranjeros en nuestra capital: ¡conseguido esto, sólo deseo la paz!... La paz obtenida, bajo la única base de nuestra independencia: cuando ya no se trate más que de administrar nuestro hermoso imperio de Francia, no me creeré humillado al oír á sus representantes oponerme objeciones y hasta negativas. Después de haber dominado y vencido al mundo, dejarse contradecir no es una prueba tan terrible que yo no pueda someterme á ella. En todo caso, mi hijo se acostumbrará